

nr. 4256
FOND
A. VILADOT

**CUADERNOS
DE
DIVULGACION
SOCIALISTA**

"ARXIU LGP"

2

el socialismo difícil
(primera parte)

CEDOC
FONS
A. VILA
A

Introduction

1. Introduction

The purpose of this report is to provide a comprehensive overview of the current state of the industry and to identify key trends and challenges. The report is structured as follows:

- 1. Introduction
- 2. Market Overview
- 3. Key Trends
- 4. Challenges
- 5. Opportunities
- 6. Conclusion

The market is currently experiencing rapid growth, driven by several factors including technological advancements, increasing consumer demand, and favorable regulatory environments. However, there are also significant challenges, such as intense competition, fluctuating raw material prices, and changing consumer preferences.

Key trends include the increasing adoption of digital technologies, the shift towards sustainable and eco-friendly products, and the growing importance of customer experience. These trends are reshaping the industry landscape and creating new opportunities for growth.

Challenges include the need for continuous innovation, the pressure to reduce costs, and the impact of global economic uncertainties. Companies must adapt to these challenges by investing in research and development, optimizing operations, and building strong customer relationships.

Opportunities are abundant, particularly in emerging markets and in the development of new products and services. Companies that can effectively leverage their strengths and address the challenges will be well-positioned to succeed in the future.

In conclusion, the industry is on a path of growth and transformation. Companies that embrace change and innovation will thrive, while those that do not may struggle. This report provides the insights and data needed to make informed decisions and navigate the complexities of the market.

introducción

Existen dos formas de lucha tradicionales al movimiento obrero, la lucha parlamentaria y la lucha revolucionaria insurreccional de tipo ruso o chino. Estas dos formas de lucha están totalmente desplazadas en los países industrialmente avanzados.

Las concepciones de lucha de tipo leninista y estalinista están fundadas sobre periodos de crisis aguda, el hundimiento probable del sistema capitalista y la guerra. La vuelta a semejantes periodos no está excluida, pero es poco probable actualmente.

Por otra parte la lucha electoral, incluso en los casos de victoria de la izquierda, no ha permitido nunca forjar una voluntad colectiva y un verdadero poder político de los trabajadores.

Cabe concluir entonces que hay que adoptar una nueva estrategia revolucionaria. Cuáles son los criterios y objetivos que deben tenerse en cuenta en su elaboración, es lo que abordamos en este número y en el siguiente.

Qué se entiende por estrategia socialista - En qué se distinguen las reformas anti-capitalistas de las reformas neocapitalistas -Cuál es la alternativa global y cómo abordar el problema de las alianzas - Qué es el frente ideológico y cuáles son las tareas del partido revolucionario.

Todos estos puntos han sido abordados no con la pretensión de hallar la vía absoluta hacia el socialismo, sino con el ánimo de asentar unas bases sólidas para la discusión y la reflexión ideológica sobre este problema. Los temas son tan complejos como el marco en que se sitúan, por lo que necesitan una observación rigurosa de los hechos y un análisis intrínsecamente objetivo para no bascular en apreciaciones reformistas o dogmáticas sobre la situación actual del sistema capitalista y la forma de derribarlo. A esto es lo que llamamos Socialismo difícil.

POR UNA ESTRATEGIA SOCIALISTA DE REFORMAS

La burguesía no cederá jamás el poder sin combatir y sin ser forzada por la acción revolucionaria de las masas.

El problema principal de una estrategia socialista es entonces el de crear las condiciones objetivas y subjetivas a partir de las cuáles la acción revolucionaria de masa es posible y con las cuáles puede entablarse y ser ganada la prueba de fuerza con la burguesía.

Puede no estarse de acuerdo sobre los términos en los cuales se ha planteado el problema. Pero sí se juzga o se intuye como la mayoría de los que trabajan manual e intelectualmente, que el capitalismo no es hoy más aceptable que ayer, en tanto que tipo de desarrollo económico y social; en tanto que modo de vida; en tanto que sistema de relaciones de los hombres entre sí, con su trabajo, con la naturaleza, con los pueblos y por último, por el uso que haga de los recursos de la técnica y de la ciencia, de las capacidades creadoras o virtuales de cada individuo, es cuando el problema del advenimiento del socialismo se plantea en estos términos.

Este advenimiento no resultará ni de un acomodo progresivo del sistema capitalista, tendiendo a racionalizar su funcionamiento y a institucionalizar los antagonismos de clases; ni de sus crisis y sus desequilibrios de los que el capitalismo no puede eliminar ni las causas ni los efectos aunque sea capaz de impedir que adquieran una agudeza progresiva; ni resultará tan poco de una sublevación espontánea de los descontentos y de la aniquilación a base de anatemas y citaciones, de los "social-traidores" y de los revisionistas. Esto resultará únicamente de una acción consciente y a lar

.../

go plazo, cuyo comienzo puede ser la puesta en práctica, gradualmente, de una serie de reformas coherentes, pero cuyo desenlace no puede ser más que una sucesión de enfrentamientos más o menos violentos que son unas veces ganados y otras perdidos, y cuyo conjunto contribuirá a formar y a organizar la voluntad y la conciencia socialista de las clases trabajadoras. Es de esta forma como avanzará la lucha, a condición de que cada batalla refuerce las posiciones de poder, las armas y las razones que tienen los trabajadores para rechazar las ofensivas de las fuerzas conservadoras e impedir al capitalismo colmar las brechas abiertas en su poder y en su funcionamiento.

No hay, no puede haber un "paso gradual" e insensible del capitalismo al socialismo. El poder económico y político de la burguesía no será destruido por un proceso lento de roedura, ni por una sucesión de reformas parciales que serían cada una de ellas aparentemente insignificantes y aceptables por el capitalismo pero cuyo efecto acumulativo equivaldría a un cercamiento discreto del adversario por un ejército socialista que avanzando con sigilo en la sombra se alzaría con el poder.

No, no se trata de ésto. Lo que puede y debe ser progresivo y gradual en una estrategia socialista, es la fase preparatoria que desencadena un proceso que lleva al umbral de la crisis y del enfrentamiento final. El escoger esta vía, llamada impropiaemente "vía pacífica hacia el socialismo", no es el resultado de una opción a priori por el "gradualismo", ni de un rechazo a priori de la revolución violenta o de la insurrección armada. Es el resultado de un razonamiento basado sobre la necesidad de crear las condiciones objetivas y subjetivas, de preparar posiciones de fuerza, sociales y políticas, sobre la base de las cuáles la conquista del poder político por la clase obrera llegará a ser posible.

Se puede objetar que no hay reformas de carácter

.../

socialista en tanto que el poder quede, de hecho, en manos de la burguesía, en tanto que el Estado capitalista esté en pie. Esto es verdad. Una estrategia socialista de reformas progresivas no significa que se rán instalados en el oceano capitalista algunos islotes socialistas. Significa no obstante la conquista de poderes obreros y populares, la creación de centros de gestión social y de democracia directa (en las grandes empresas industriales y en las cooperativas de producción por ejemplo); la conquista de posiciones de fuerza en las asambleas representativas; extracción del circuito comercial, de producciones y servicios que correspondan a las necesidades colectivas, lo que tendría como consecuencia: la implantación del antagonismo entre la producción social según las necesidades y aspiraciones de los hombres y la acumulación capitalista y el poder patronal basados en el lucro.

Sería conveniente evitar que este antagonismo no sea institucionalizado, como sucede en los regímenes neocapitalistas y social-demócratas mediante la integración y la subordinación de las organizaciones de la clase obrera al Estado, y que gracias a la autonomía que han de tener estas organizaciones sindicales y políticas, se pueda manifestar y desarrollar libremente el antagonismo, se ponga la organización del poder en evidencia y en crisis, se rompa el equilibrio de las fuerzas sociales y la economía capitalista, equilibrio que tiende a reconstituirse, a un nivel superior, después de cada implantación de reformas parciales.

Una estrategia socialista de reformas graduales no puede pues concebirse ni como la simple conquista electoral de una mayoría, ni como la promulgación de una serie de reformas por una coalición ocasional de social-demócratas y de socialistas. La lucha electoral, incluso cuando ha sido victoriosa, no ha permitido jamás forjar una voluntad colectiva y un poder político real de las clases trabajadoras. El sufragio universal tal como lo describían Marx y Engels da derecho a gobernar pero no da el poder. Si bien integramos las elec-

.../

ciones dentro de una estrategia socialista hay que tener muy en cuenta el carácter que éstas representan para la burguesía. Si se hace un poco de historia sobre los grandes enfrentamientos sociales de la época contemporánea, se constata tanto en Francia, en Alemania, como en Rusia, que la dinámica revolucionaria tropieza siempre con la fuerza paralizante del mecanismo electoral, incluso en su forma más democrática, el sufragio universal. Este ha sido el caso en 1848 en París cuando el proletariado ataca en la calle y la burguesía responde con el fusil y el boletín de voto. También es el caso en 1871, cuando la Asamblea nacional se jacta, frente a la Comuna de una legitimidad democrática que no poseían los obreros parisinos: ellos no eran los representantes de la soberanía nacional.

El sufragio universal intenta ahogar siempre con su inercia el impulso de la revolución. Una constatación parecida acaece en los acontecimientos de 1968 en Francia. Lo mismo podemos decir de las elecciones de 1933 en España que traen como consecuencia una fuerte represión de la reacción conocida con el nombre de "Bienio negro". El elector es un mal revolucionario y el revolucionario un mal elector. Esto se verifica de nuevo en la Revolución alemana de 1918. En Berlín, los conservadores firme sostén de una monarquía semi-autócrata y de un régimen semi-feudal, se proclaman de la noche a la mañana republicanos y demócratas partidarios de una "soberanía popular", es decir, muy concretamente, de una Asamblea nacional constituyente. Los "cuerpos francos", precursores del nazismo, juraron fidelidad a esta institución democrática. Por el contrario, los espartaquistas rechazaron su convocatoria y opusieron al principio de esta institución el de la "democracia de los Consejos".

Una de las mistificaciones de la democracia burguesa es, que sus instituciones están concebidas de forma que perpetuen la separación y dispersión de los individuos, y de denegarles todo poder colectivo sobre la orga-

.../

nización de la sociedad no dejándoles mas que la posibilidad, cada cuatro o cinco años, de delegar el poder a unos representantes que no tienen relación directa con las masas, a partidos que no son considerados como "partenaires acceptables" mas que a condición de representar cara a los electores los intereses del estado capitalista, en vez de ser a la inversa.

Ante la ausencia de una modificación de fuerzas entre clases, ante la ausencia de una ruptura del equilibrio económico y social del sistema, por medio de la lucha reivindicativa de las masas, la lógica electoral tendrá que jugar en favor de aquellos dirigentes políticos para los cuales el papel de la "izquierda" se reduce a llevar a cabo "de mejor forma que la derecha" la misma política que ésta, y para los cuales la competición entre partidos se reduce, según la expresión de Basso: "a una competición entre equipos de gobernantes eventuales, de manera que cada equipo presenta sus credenciales para una gestión más eficaz, del Estado?"

Si por otra parte, las luchas de masa llegan a romper el equilibrio del sistema y a precipitar su crisis, sin que la lucha sea sustituida —como ha ocurrido no ha ce mucho en la mayor parte de los países de Europa Occidental— a nivel de partidos por la definición de una política económica realmente nueva, capaz de resolver política y materialmente la crisis en favor de las clases trabajadoras, entonces, no tardará mucho en que la situación se descomponga y en que la clase obrera sea apartada de sus posiciones, por la burguesía, a pesar de haber sido victoriosa sobre terreno.

Este mismo proceso de descomposición de una coyuntura favorable a la clase obrera pelagra de reproducirse en el periodo actual, cada vez que la coalición, llevada al poder sobre un programa de reformas, sea una alianza heterogénea de reformadores neocapitalistas y socialistas. Planteamos entonces las condiciones propiamente políticas de una estrategia socialista de reformas.

Una estrategia de este tipo no puede tender en la

.../

Europa actual, repetimos, a la instauración inmediata del socialismo. No puede tender tampoco a la realización inmediata de reformas anticapitalistas de golpe incompatibles con la supervivencia del sistema, como por ejemplo la nacionalización de todas las empresas industriales importantes, o de todas las ramas de estructura monopolística. Semejantes reformas, inscritas en un programa a corto plazo, no constituirían una estrategia del desencadenamiento de un proceso revolucionario en el curso del cual los antagonismos de clases irían intensificándose hasta llegar al enfrentamiento decisivo; sino que constituirían, globalmente la destrucción de las estructuras capitalistas y requerirían de antemano, una madurez política de la clase obrera suficiente para la conquista revolucionaria inmediata del poder político. Si la revolución socialista no es posible inmediatamente, la realización de reformas inmediatamente destructoras del capitalismo tampoco es posible.

Aquellos que rechazan como reformista cualquier otro tipo de reformas que éstas ya nombradas, rechazan en realidad la posibilidad misma de una estrategia de la transición y de un proceso de transición al socialismo.

Ante la imposibilidad, fuera de una coyuntura pre-revolucionaria, de pasar de golpe a unas reformas destructoras del sistema, no hay que concluir sin embargo con que una estrategia socialista de reformas pueda o deba limitarse a reformas aisladas o parciales, llamémosles "democráticas" no sólo por estar despojadas de un contenido, sino también de una perspectiva socialista y de una dinámica revolucionaria. En la práctica, lo que distingue una estrategia socialista de reformas de un reformismo neocapitalista de tipo social-demócrata, es no las reformas en sí preconizadas, y los objetivos programáticos que:

1º- La presencia o ausencia de lazos orgánicos entre las diversas reformas;

2º- La cadencia y las modalidades de su puesta en

... /

práctica;

3º- La voluntad o ausencia de voluntad, de sacar provecho del cambio de equilibrio provocado por las primeras acciones reformadoras para las nuevas acciones de ruptura.

El hecho de que dirigentes social-demócratas y fuerzas socialistas se pongan de acuerdo sobre la necesidad de ciertas reformas, no debe de ninguna manera engañar sobre la diferencia de sus perspectivas y de sus fines respectivos. Si una estrategia socialista de reformas debe ser posible, esta diferencia fundamental no debe ser ocultada ni dejada a un segundo plano por acuerdos tácticos en la cumbre; por el contrario debe ser colocada en el centro del debate político. Sin ésto, el movimiento socialista, por haber dado en apa-riencia, por acuerdos tácticos de altura, una patente totalmente inmerecida de "socialismo" a los dirigentes social-demócratas, prepararía el fracaso de la confusión ideológica y política de todo el movimiento obre-ro y especialmente de su vanguardia.

Estas observaciones se aplican particularmente a la presente coyuntura europea, en la cual la precari-dad del equilibrio económico no permite ya, como era el caso en otros periodos, financiar por la inflación las realizaciones sociales y las intervenciones públi-cas. Esta situación tiene por consecuencia que un programa de carácter "social" -concerniente a la elevación de bajos salarios; el desarrollo de la construcción so-cial y de las regiones retardadas; la mejora de la enseñanza y de los servicios colectivos, etc.- deberá, o bien atacarse por un conjunto coherente de reformas referentes a la lógica y a los centros de acumulación; o bien, batirse en retirada ante la reacción fulminan-te de las fuerzas capitalistas, amenazadas o perjudica-das en sus intereses.

Suponiendo entonces que una coalición de frente po-pular sea llevada al poder sobre la base de un progra-ma mínimo común, preveendo ciertas reformas parciales y

.../

excluyendo, en los términos mismos del pacto de alianza, acciones reformadoras que sobrepasen los límites del programa, el destino de la coalición y de su gobierno será virtualmente sellado desde el comienzo.

La esencia misma de un programa mínimo, en efecto, es que diferenciándose de un programa de transición o de una estrategia de reformas, prohíbe a las fuerzas socialistas el aprovechar la dinámica del proceso de sencadenado por las medidas tomadas inicialmente, e incluso replicar con una contraofensiva a la ofensiva de las fuerzas capitalistas, bajo pena de ruptura del pacto.

La naturaleza de esta ofensiva es bien conocida ya que siempre se ha desarrollado según el esquema del frente popular francés de 1936 y de la unidad popular chilena de 1970. Contra las acciones que ponen en evidencia sus prerrogativas y sus poderes, la burguesía reacciona con la fuga de capitales, huelga de inversiones, despidos parciales tendiendo principalmente contra los militantes sindicales; resumiendo, por el desencadenamiento de una crisis económica cuyos efectos recaen sobre la clase obrera.

Esta crisis permite después a la burguesía negociar a partir de una posición de fuerza, la revisión del programa gubernamental y la extensión en un cierto tiempo de sus objetivos. La burguesía se muestra más exigente cada vez que la negociación hace aparecer la división interna de la coalición entre partidarios de la intransigencia y partidarios del compromiso. A medida que las semanas pasan y que la crisis económica y monetaria se agrava, los primeros pierden inevitablemente terreno en favor de los segundos, porque la situación en este momento se encuentra ya transformada. El pro-grama mínimo original ha llegado ya a ser inaplicable. Su aplicación exigiría en adelante medidas draconianas que no figuran en el programa mínimo común -por ejemplos control de cambio, congelación de precios, control de importaciones, nacionalización de monopolios industriales

.../

o financieros- y que sólo puede permitirse un gobier no actuando con fuerza en el momento en que el apoyo y la movilización popular están en su apogeo.

Las semanas que han pasado en transacciones estériles; la crisis y las disensiones en el seno de la coalición provocan un reflujo de la combatividad obrera. Los partidarios de la intransigencia mantienen ya un combate de retaguardia. La confusión se instala y las fuerzas capitalistas, conscientes de que el momento juega a su favor endurecen su posición. La historia de la coalición se convierte entonces en la historia de una larga batalla de retirada y para volver a ganar la confianza del capital multiplica sus concesiones. Cuando por fin le sucede un gobierno moderado con mayores ventajas para colmar a la burguesía y "asamar" la economía, la coalición del frente popular no tiene en su activo mas que las medidas o reformas parciales aplicadas durante las primeras semanas de su poder y que serán desnaturalizadas, privadas de todo alcance real e incluso recuperadas por el sistema capitalista.

La repetición de semejante proceso -que se ha desarrollado en Francia en 1936 y 1945, en Gran Bretaña en 1950 y 1964, en Italia en 1947 y 1963- no puede ser impedida mas que si la coalición es lo suficientemente homogénea y consciente de las pruebas que le esperan para responder a la ofensiva de las fuerzas capitalistas; por una reacción fulminante de las masas trabajadoras en el país y por medidas gubernamentales elaboradas preventivamente desde antes de la victoria.

Una reacción eficaz del movimiento obrero supone que la acción reformadora sea concebida de manera que la aplicación del programa económico vaya a la par, desde el comienzo, con reformas democráticas que en las fábricas, las cooperativas, las regiones, las comunas, dejen desarrollar centros de poder popular, es decir iniciativas adaptadas a las circunstancias lo-

... /

cales; y no como una acción estática y centralizada, en orden de la cual la coalición exigiría de las masas una delegación permanente y disciplinada de los poderes.

Por otra parte, medidas preventivas contra la ofensiva de las fuerzas capitalistas, suponen que la coalición no se haga ilusiones desde el principio, sobre la posibilidad de apaciguar a la burguesía y de llevarla a una colaboración leal con el nuevo Estado. Esta ilusión se encuentra muy arraigada entre los dirigentes social-demócratas, incluso cuando son partidarios de un frente popular. Según ellos convendría intentar primero, lealmente, una política basada sobre los controles indirectos y las disciplinas patronales libremente aceptadas por la burguesía. No habría lugar de descartar a priori este método de acercamiento si sus partidarios fuesen conscientes desde el principio de que no puede constituir una política duradera, sino que desembocaría inevitablemente en un conflicto para el cual hay que estar preparados.

Dicho de otra manera, no se impone rechazar una política de controles públicos indirectos de los mecanismos de acumulación y de la circulación del capital, a condición de que se la conciba exclusivamente como una transición hacia la política de control directo a la que designará inevitablemente como su continuación lógica, bajo peligro de bloqueo del sistema y de retorsiones de las fuerzas económicas.

Pensar que el Estado puede encuadrar, orientar y reglamentar la actividad de las fuerzas económicas sin tocar el régimen de la propiedad privada no es en efecto mas que hacer una simple abstracción de los resortes políticos y psicológicos del capitalismo.

Sin duda es cierto, técnicamente, que una política selectiva en materia de fiscalidad de precios y de créditos pueda imprimir orientaciones cualitativas, geográficas y sociales a la producción, diferenciar el desarrollo de ramos de servicios y de regiones en

... /

función de criterios sociales y de una racionalidad económica global. Sin embargo todo lo que es posible técnicamente no es siempre posible políticamente.

La voluntad pública de reducir el coste de crecimiento; de eliminar los despilfarros (bajo forma de gastos de publicidad, comerciales, de representación, de gastos de gestión etc... artificialmente aumentados); de impedir el uso con fines privados de los recursos de las empresas; de impedir las inversiones en nuevas instalaciones y nuevos modelos que no contribuyen ni al progreso técnico, ni a la mejoración de los productos, sino que tienden principalmente a justificar las tasas de amortizaciones consentidas por el fisco, todo ésto es técnicamente posible, por el establecimiento de reglas estrictas de gestión: por ejemplo la limitación de gastos de publicidad aceptados por el fisco; la fijación ramo por ramo, e incluso (tratándose de monopolios) caso por caso, de la tasa de beneficio admisible, del uso que debe hacerse de este beneficio, de la orientación y de la naturaleza de las inversiones a efectuar, etc. bajo pena de fuertes multas fiscales.

Pero la puesta en práctica de semejantes directivas públicas tropezarían rápidamente con la lógica capitalista y destruiría el resorte de ésta. Equivaldría en efecto a la destrucción de la soberanía patronal, a la socialización de hecho de la actividad de los empresarios, a la dirección pública indirecta de las empresas. Comportaría como sanción la confiscación de beneficios superiores a la norma. Desposeería pues, a las sociedades privadas de toda razón de buscar racionalizaciones e innovaciones que aumentarían sus beneficios más allá de la tasa juzgada como normal, destruyendo así uno de los principales resortes del progreso técnico. En definitiva, funcionarizando el patronato, atacando el resorte del beneficio, el Estado atacaría el resorte mismo del sistema capitalista y provocaría su parálisis o su esclerosis.

.../

Atacar los mecanismos y los resortes del sistema capitalista no tiene otro sentido que el de abolirlo.

Criticar las consecuencias de la lógica de un sistema, es necesariamente criticar a esta lógica misma del sistema y ponerla en crisis.

Si en la perspectiva de una estrategia socialista no hay que descartar las reformas intermediarias, no es más que con la condición fundamental de concebirlas sólo como medios y no como fines; como fases dinámicas de un proceso y no etapas escalonadas. Su función es la de educar y unir las fuerzas sociales actualmente o virtualmente anticapitalistas con la lucha por objetivos sociales y económicos irrecusables -y sobre todo por una orientación nueva del desarrollo económico y social- adoptando en primer lugar el método de reformas democráticas y pacíficas. Pero este método debe ser adoptado, no porque sea viable o intrínsecamente preferible, sino por el contrario, porque las resistencias, los límites y las imposibilidades con las que va a tropezar inevitablemente después de un cierto tiempo son las únicas aptas para demostrar la necesidad de transformaciones socialistas a fuerzas sociales que todavía no están preparadas para estas transformaciones.

- ooo 0 ooo -

REFORMAS NEOCAPITALISTAS

Y

REFORMAS ANTI-CAPITALISTAS

Tal estrategia es evidentemente irrealizable en el marco de una alianza en la cumbre, con formaciones neo capitalistas, es decir social-demócratas y centristas, que desde el comienzo entienden limitar la acción reformativa a medidas aceptables por la burguesía. Esto implica al socialismo, a nivel de los dirigentes políticos, una clara consciencia de la naturaleza del proceso de transición, de sus mandos, de sus resortes, de las aspiraciones de las masas trabajadoras sobre las cuales habrá que apoyarse y de los plazos relativamente cortos en los cuales se jugará el porvenir de tal empresa.

En resumidas cuentas, una estrategia socialista de reformas debe tener como objetivo, romper el equilibrio del sistema y aprovechar esta ruptura para iniciar el proceso revolucionario de la transición al socialismo, cosa que como hemos visto, no se puede realizar mas que en un momento de efervescencia. Una estrategia de este tipo es solamente practicable en periodos de movimiento, sobre la base de conflictos manifiestos y acciones políticas de envergadura. Es imposible concebirla como una batalla de desgaste en una guerra de posiciones. Si el frente social se estabiliza, si se instala un equilibrio de fuerzas, entonces la batalla de ruptura con el capitalismo -que una estrategia socialista tiene por objetivo preparar- será aplazada. Es cierto, el nuevo equilibrio de fuerzas puede ser más ventajoso para la clase obrera que el antiguo, las contradicciones y los elementos antagónicos a la lógica capitalista más profundos. Pero estas contradicciones no se reflejan mas que bajo la forma de tentativas de los adversarios de tomar posiciones cuando la lucha por reformas alcanza un cierto nivel -es decir en la práctica, cuando su dinamismo

.../

está bloqueado. Estas escaramuzas, esencialmente tác-
ticas, no permiten la puesta en práctica de una estra-
tegia ya que por precario que sea el equilibrio de fuer-
zas, éste resulta de la imposibilidad, reconocida por
ambas partes de forzar la decisión.

Es pues irrealista asimilar estos conflictos tác-
ticos, que pueden extenderse en un largo periodo, a un
un "proceso revolucionario" que maduraría durante una
o varias décadas. Por precario que sea objetivamente
el equilibrio que se instala cuando la lucha por las re-
formas alcanza un escalón, se trata siempre de un equi-
librio; se trata para el movimiento obrero y socialis-
ta de un periodo de vacío. Las contradicciones que las
reformas anteriormente impuestas hayan provocado en el
sistema no continúan corroendo la sustancia de éste y
no lo debilitan. Al contrario, pierden su potencial de
ruptura inicial. No existen instituciones o conquistas
virtualmente anticapitalistas que, al cabo de un lar-
go periodo no hayan sido absorbidas, recuperadas o va-
ciadas de todo o parte de su contenido cuando el dese-
quilibrio creado por su puesta en práctica no ha sido
explotado y profundizado por nuevas ofensivas. Forza-
do a coexistir con unas instituciones que, desde el co-
mienzo, contrarían su lógica y limitan su independen-
cia, el capitalismo aprende a subordinarlas sin ata-
carlas de frente. Para ello sólo tiene que dominar los
sectores primordiales de la acumulación y del desarro-
llo capitalistas, y particularmente las actividades
nuevas que impulsan el progreso técnico y el crecimen-
to, con lo cual reconquista todo o parte del terreno
perdido.

Es pues imposible concebir el periodo de transi-
ción, o incluso el periodo que prepara la transición,
como un periodo largo, de una década por ejemplo. Si la
transición no es iniciada a raíz de la ruptura de equi-
librio que provoca la lucha por las reformas, enton-
ces no tendrá lugar. Las reformas serán dislocadas, di-
geridas por el sistema y se restablecerá el equilibrio a un ni-

... /

vel mas elevado. Un nuevo periodo de luchas preparatorias será necesario para crear las condiciones de una nueva ofensiva. La discontinuidad de la estrategia socialista es la de la historia misma.

No se trata tampoco de concluir con que las reformas democráticas del pasado hayan sido estériles. Incluso vaciadas de todo o parte de su contenido, las conquistas del pasado permiten a las fuerzas trabajadoras y socialistas, en una nueva fase de su ofensiva, alcanzar objetivos más avanzados.

Pero hay que señalar, sin embargo, que si las conquistas del pasado colocan en una situación cada vez más precaria a la dominación capitalista, y el equilibrio del sistema se encuentra cada vez más frágil, será políticamente cada vez mas difícil, obtener nuevas reformas parciales y nuevos desplazamientos del equilibrio, a causa de esa misma situación del capitalismo. Precisamente cuando nuevas reformas anti-capitalistas ponen en peligro la existencia del sistema, la resistencia de la burguesía a toda nueva reforma se vuelve más tenaz.

Cuanto más nos hayamos acercado, en el pasado, al umbral de la ruptura con el capitalismo, más difícil será el aproximarse a él y rebasarlo. La burguesía está en guardia, el movimiento obrero tiene miedo al fracaso político y económico y, por último, es necesario un grado de preparación, de resolución y de conciencia más elevado para entablar nuevas batallas decisivas.

La idea de que el "creeping socialism" -socialismo furtivo- ganaría terreno, gracias a reformas realizadas por etapas, hasta provocar un "salto cualitativo", no corresponde a ninguna realidad.

No hay, en un largo periodo y fuera de enfrentamientos decisivos, un efecto acumulativo de reformas impuestas sucesivamente, sobretodo en las sociedades donde los mecanismos capitalistas están ya objetivamente a la merced de intervenciones de las instituciones públicas, y

.../

donde -aunque el Estado no se sirve de sus instrumentos contra los monopolios- bastaría hacer reformas institucionales que no representasen dificultad intrínseca para romper el poder de la burguesía, teniendo en cuenta que las fuerzas capitalistas despliegan todos sus esfuerzos, en todos los terrenos (ideológico, político, social) para impedir la formación de una voluntad política capaz de imponer estas reformas.

Varios países de Europa occidental (Francia, Países Escandinavos, Italia....) han alcanzado hoy en día ese umbral donde, a causa incluso de la vulnerabilidad estructural del sistema, la burguesía defiende a ultranza sus posiciones de poder y opone una resistencia tenaz a las reivindicaciones del movimiento obrero y a su lucha por reformas parciales. De ahí la necesidad de llevar la lucha a un nivel más elevado dentro de una estrategia global y de una visión de conjunto, y de atacar no solamente los efectos inmediatamente intolerables del capitalismo sino la naturaleza misma de las relaciones de producción, de las relaciones sociales y de la civilización que engendra.

Esta elevación y esta "globalización" de los objetivos de lucha se imponen por la simple razón de que a partir de aquí, con la conquista de nuevas reformas se pone en evidencia la existencia misma del sistema, y la burguesía es consciente de ello. Esta opone una resistencia global a los ataques parciales. Es pues entonces inconcebible que el movimiento obrero pueda ganar el enfrentamiento decisivo si a la resistencia global del adversario no se le opone una voluntad política global.

Hay pues una parte de verdad y una parte de error en las tendencias maximalistas que se desarrollan actualmente frente a la degeneración de la social-democracia europea y a la dificultad creciente de victorias reivindicativas y de reformas parciales.

El error consiste en postular que toda lucha debe, en adelante, realizarse con una voluntad socialista.

.../

claramente definida, con objetivos que impliquen el cambio del sistema. Esto equivale a decir que la voluntad revolucionaria debe existir antes que la lucha y darle su impulso. Esta es una posición no dialéctica que liquida el problema dándolo por resuelto, ya que de hecho la voluntad socialista no surge jamás repentinamente, ni se forma por la propaganda política o la demostración científica. La voluntad socialista se construye en, y por la lucha de objetivos plausibles, que respondan a la experiencia, a las necesidades y a las aspiraciones de los trabajadores.

La parte de verdad de las posiciones maximalistas en el presente período, es que el movimiento obrero no avanzará hacia el socialismo mas que si las acciones reivindicativas que se persiguen no tienen un sentido objetivo capaz de convertirse en un sentido consciente. Por ejemplo, cualquier protesta o reivindicación planteada en términos generales (aumento de salarios y retiros, de desarrollo de la vivienda social) no tiene un sentido objetivo porque esta clase de reivindicaciones no contienen una lógica anti-capitalista interna, que exigiría sobrepasar sus objetivos una vez que éstos hayan sido alcanzados. Estos objetivos se presentan escalonadamente y su realización proviene de una acción gubernamental de reformas técnicas o tecnocráticas. En las condiciones presentes, el movimiento obrero no alcanzará la madurez y la fuerza política necesaria para terminar con la resistencia tenaz del sistema a no ser que sus reivindicaciones, por su contenido y por las formas de obtenerlas, sean una crítica viviente de las relaciones sociales y de producción, de la racionalidad y de la civilización capitalista.

Esta crítica es particularmente importante en el contexto neocapitalista, en el que el movimiento obrero y socialista tiene que medirse al reformismo subalterno de formaciones social-demócratas y centristas. Estas, en efecto, ofrecen muchas veces el mismo tipo de objetivos que las fuerzas de izquierda, pero subordinando su rea-

.../

lización a la posibilidad de alcanzarlos sin "romper la máquina" capitalista, sin tocar las posiciones de poder de la burguesía.

La gran especialidad de las formaciones social-demócratas es de demostrar que todos los problemas pueden ser resueltos, todas las necesidades materiales satisfechas en el marco del sistema a condición de ser paciente y de aceptar una disciplina. Según la lógica reformista no hace falta entablar una prueba de fuerza; es suficiente mostrarse realista, responsable y confiar en los dirigentes. ¡Que nadie se mueva! el estado neocapitalista actuará al máximo en el interés de todos.

Para las fuerzas socialistas es necesario señalar que las formaciones reformistas se niegan a dotarse de los medios de su programa; que éste, o bien no será realizado, o bien le pondrán un plazo tal que sus soluciones serán rebasadas por nuevos problemas; que es posible pedir y realizar más, a condición claro está que se vaya más lejos en las transformaciones de las estructuras.

Pero si las fuerzas socialistas dejan lugar a interpretaciones tales como la de que entre su política y la de los reformistas no hay más que una diferencia relativa y de grado, que se persigue, en el fondo, los mismos tipos de objetivos, pero con más energía e intransigencia, decididas a llegar hasta el enfrentamiento final con el capital, el movimiento socialista tiene pocas posibilidades de arrastrar tras él a una clientela electoral social-demócrata y de convertirse en la fuerza hegemónica del movimiento obrero. Una diferencia relativa y de grado, no es, en efecto, suficiente para que las masas trabajadoras prefieran a la vía lenta pero "segura" del reformismo subalterno, la vía arriesgada y difícil del enfrentamiento abierto con las fuerzas del capital.

No se puede correr el riesgo de una crisis política y monetaria grave, no puede prepararse un enfren-

.../

tamiento vital con la burguesía para obtener sólomente, la construcción anual de 250.000 alojamientos sociales en vez de 200.000, el aumento del 10% de salarios en vez del 5%, la semana de 42 horas en vez de la de 44. La diferencia es una diferencia cualitativa una diferencia de fondo.

El movimiento socialista puede avanzar e imponer se como fuerza hegemónica del movimiento obrero en la medida en que convenza de que su acción y sus objetivos no son del mismo tipo que los del reformismo subalterno, que lo que hay que conseguir no es una serie de mejoras relativas y parciales, sino una mejora absoluta y total.

Se entiende por mejora absoluta y global, que cada mejora parcial y cada reforma que se reivindique estén enlazadas a un proyecto global que tiende a realizar un cambio global. La mejora absoluta que está en juego es la emancipación de todos aquellos a los que las relaciones de producción capitalistas explotan, oprimen, degradan, esterilizan en lo que es su valor social y su orgullo individual: su trabajo social.

Socialistas y reformistas quieren cosas parecidas, pero no con la misma intención y de la misma forma. Para el reformismo, la acción reformadora se reduce a "cosas" -salarios, equipos colectivos, retiros etc...- que el estado otorga desde arriba, manteniendo a los individuos dispersados e impotentes dentro del proceso de producción y las relaciones sociales. Para el movimiento socialista cuenta tanto como las "cosas" -e incluso más- el poder real de los trabajadores de autodeterminar las condiciones de su colaboración social, de someter a la voluntad colectiva el contenido, el desarrollo y la división social del trabajo.

Esta es la diferencia fundamental entre socialismo y reformismo. Es la diferencia entre reformas otorgadas desde arriba que perpetúan la subordinación de



F. N. J. S. E.

*FEDERACION NACIONAL DE JUVENTUDES SOCIALISTAS
DE ESPAÑA*